

TEÓFILO HERNANDO: «DOS ESTUDIOS HISTÓRICOS»

Un reciente volumen extra, el libro que no cesa en la tenaz colección Austral (1641 es su número) ha aparecido bajo el título de **Dos estudios históricos (Vieja y nueva medicina)**, por Teófilo Hernando. La cubierta es de color marrón, que en el código clásico de España-Calpe corresponde a la técnica y a la ciencia. Bien está. Y no hubiera estado peor el verde de la filosofía, o el azul de las novelas, o el naranja reservado a las vidas verdaderas pero novelescas: así es de rico y plural el estudio sobre el doctor Laguna y su Dioscórides; así de viva y luminosa la aventura de la quina en el siglo XVII, recreada por Hernando con un rigor historiográfico que se instala sobre un fondo de personajes y paisajes exóticos.

Son dos libros en uno. Su conjunción, empero, no da un resultado de maridaje ocasional, porque la personalidad enteriza del autor se manifiesta en uno y otro ensayo (en una capa profunda, si se quiere) con coherencia de pensamiento y estilo. La obra -insistimos en esta condición unitaria- se abre con un prólogo de Laín Entralgo.

Bien. Puede que ese prólogo no sea lo que se dice un prólogo. Cabe pensar que fue deliberadamente, muy lúcidamente como el profesor Laín decidió titular su texto con dos palabras: Teófilo Hernando. Énfasis sobre el autor, no hace mucho desaparecido; propósito de ofrecer su condigna semblanza y dejar ligero y libre al lector para empeñarse en el viaje.

Pero hay «datos exactos» de la biografía hernandina que a un lector propicio de cuentos -y por supuesto a un narrador enamorado de la narrativa breve- le funcionan a manera de claves. Aludo a esa característica esencial de un género próximo a la poesía, el cuento literario, consistente en las pequeñas señales, las incitaciones y guiños de ojo que el autor va entregando a un lector activo y cómplice para que éste los amplifique más allá de lo textual.

Así el nombre real y geográfico de Torreadrada. Podríamos imaginar un correr de siglos, una larga sucesión de inventores de fábulas; y apostar sin excesivo riesgo a que este mismo nombre llegaría a ser inventado un día por el fabulador, para cuna

de personaje castellano y recio.

Don Teófilo nació en la segoviana Torreadrada, «hijo de médico rural». Habría que ir a la Historia de la Medicina para deducir el estado de la ciencia cuando le fue impartida a aquel médico rural, las diferencias entre sus posibilidades profesionales y las del hijo Teófilo, que ahora no sé si ejerció algún día de médico familiar. Pero que desde luego fue -¡qué maravilla!- «médico de baños». Principios de siglo, balnearios, estaciones de ferrocarril que todavía conviven con los relevos de los caballos de posta...

Luego -siempre sobre el tapiz biográfico de don Teófilo-, su cátedra barrocammente llamada de «Terapéutica, Materia médica y Arte de recetar» (que en Hernando fue el arte de recetar con tiento); el toque romántico del exilio, no muy largo pero sí áspero, enriquecedor; y la conciencia de que una especialización, incluso brillantísima, no bastaría para colmar una vida cuya vocación fue la totalidad del saber. Esta apetencia «universal» de don Teófilo se refleja en su bibliografía, y si su nombre está vinculado al Instituto de Farmacología o a la Sociedad Española de Historia Natural, no lo está menos a aquella ambiciosa Junta de Ampliación de Estudios, por poner un ejemplo histórico.

Al autor de estas líneas, escritor provinciano o incluso diocesano, ¿se le permitirá estampar con simpatía un último «dato exacto» sobre don Teófilo?: Don Teófilo Hernando y Ortega, Presidente de la Asociación Protectora de los Archivos Catedralicios... Que uno sepa por conocimiento directo, los papeles y los libros de nuestro San Isidoro, desde el documento raro a los herbolarios medievales, merecieron la avidez de un estudioso a quien lo nuestro le fue familiar. De un amigo de León.

Antonio PEREIRA